

VIDA DEL AHORCADO

PABLO PALACIO



Vida del ahorcado

Narrativas El Nadir, 35

Diseño de cubierta: La editorial
© Ilustración de cubierta: René Parra

Título: Vida del ahorcado
Autor: Pablo Palacio

© Libresa, Quito-Ecuador
Este libro se publica gracias a la autorización expresa de Libresa, titular de los derechos.
© de la edición: El Nadir Ediciones, S.L. 2009
Guillem de Castro, 77, 11ª - 46008 Valencia. España
info@elnadir.es
www.elnadir.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impresión: Gráficas Marí Montañana, S.L.

I.S.B.N. digital: 978-84-92890-07-1
Depósito Legal: V-4712-2009

Vida del ahorcado

(Novela Subjetiva)

Pablo Palacio

El Nadir ♣ *Ediciones*
VALENCIA

PRÓLOGO

Pablo Palacio quiso educar a las multitudes y trató de explicar el mundo en textos magníficos por su claridad expositiva. Palacio es uno de los autores –a pesar de una obra más bien reducida– que con mayor condensación y rigor ha contado su temor al colectivo social y las superestructuras que lo manejan y condicionan. Conocía que el absurdo no tiene límites en nuestras sociedades y que la lógica de los razonamientos entraña trampas tan enormes como los intereses que esconden. Palacio, que a veces parece un gran misógino, defendió el derecho de las mujeres a que no les segaran la vida por una infidelidad amparándose en un código, aquel cruel artículo 24 del código penal, y probablemente por compromiso, desempeñó algún cargo en el Partido Socialista ecuatoriano impulsado por el aliento de su buen amigo y admirador Benjamín Carrión, quien había sido de los primeros en reconocer su talento incluyéndole en el *Mapa de América* que era algo así como una relación de los mejores intelectuales del momento, publicado

en Madrid en 1930 por Gómez de la Serna. Sin embargo, Pablo Palacio incorporó en su persona el mismo extrañamiento de que hacen gala sus personajes, solitarios pensadores condenados de antemano, inocentes asesinos escarnecidos por las masas a causa de un mal pensamiento, homosexuales masacrados en su búsqueda de amor en los laberintos salvajes de cualquier ciudad. Más que contar historias, las desmonta y desacraliza para mostrarnos los intereses que mueven el colectivo social, ansioso de linchamiento de todo aquel o aquello que se aparte de los códigos sociales imperantes.

Existen numerosos estudios eruditos del significado de la obra de Palacio en la literatura latinoamericana en relación con la universal, y hoy día no existe texto de alguna seriedad que no reconozca sus aportaciones. Salvo casos excepcionales, sin embargo, las vanguardias literarias no fueron prácticamente leídas aunque se estudien sus textos en muchos colegios deseosos de aprender de sus hallazgos. De hecho, en su momento editó fundamentalmente en revistas literarias, algunas de las cuales fundó, cuando además de literatura se pretendía difundir las ideas más avanzadas, como la revista *Cartel*.

A menudo suele olvidarse que escribió en una sociedad inusitadamente convulsa, repleta de desigualdades y desafueros, su orfandad, la falta de reconocimiento del padre y pronta muerte de la madre, un accidente siendo niño, alguna enfermedad contraída,

han sido aducidas para explicar su obra y la causa, directa o indirecta, de la demencia que le apartó del mundo algunos años antes de su muerte.

Pablo Palacio escribió en 1931 su *Vida del ahorcado* solicitando algo después a su amigo Benjamín, cónsul en Lima, la remisión de la obra a España para ver si se publicaba. Alguno de sus relatos ha merecido la inclusión en antologías del cuento en nuestro país y en América existen varias antologías de su obra completa. Han debido de transcurrir casi setenta y ocho años para que viese realizado su deseo de publicar en España la que quizá sea su obra más representativa.

Blas Parra
diciembre de 2009

PRIMERA MAÑANA DE MAYO

Ocurre que los hombres, el día una vez terminado, suelen despedirse de parientes y amigos y, aislándose en grandes cubos *ad-hoc*, después de hacer las tinieblas se desnudan, se estiran sobre sus propias espaldas, se cubren con mantas de colores y se quedan ahí sin pensamiento, inmóviles, ciegos, sordos y mudos. Ocurre también generalmente que estos mismos hombres, transcurrido ya cierto tiempo, de improviso se sienten vueltos a la vida y comienzan a moverse y a ver y a oír como desde lejos. Ya cerca, un mínimo número de esos mismos hombres introducen sus pellejos en agua, bufan, tiritan y silban. Luego ocultan todo su cuerpo en telas especiales, dejando fuera sólo sus aparatos más indispensables para ponerse en relación con sus vecinos y abandonan esos grandes cubos, con los párpados hinchados y amarillos.

Ahora bien: en este momento yo he despertado. Fue así de imprevisto, como hacer luz, como apagar la luz. Estiro la pierna, amigo mío, y veo en donde he despertado. Este es un cubo parecido a aquél en

que todos los hombres despiertan. Se puede ver aquí medianamente. Ya es de día. Ya es la hora de ayer, compañero. Está todo en su sitio.

Pero los párpados vuelven a cerrármese, pero ya es la hora de ayer.

—Andrés —silba una voz bajita.

Me incorporo de un salto. Escucho. ¿Quién me ha llamado? Aquí no puede haber otra voz que la mía.

Retengo el aliento. Me levanto de puntillas, todos los sentidos abiertos. Es preciso observar, que en este cubo hay algo peligroso.

* * *

Venid, entrad, señoras y señores burgueses, señoras y señores proletarios. Entrad vosotros los expulsados de todo refugio y los descontentos de todos ellos. Entrad todos vosotros, compatriotas de este chiquito país. Vos, compatriota obeso; vos, compatriota esmirriado; vos, compatriota de la nariz de salchicha; vos, compatriota empolvado; vos, compatriota romántico; vos, compatriota aburrido; vos, vos, vos.

No habed miedo de no tener sitio. Más bien venid a admirar la capacidad de este cubo de grandes muros lisos y desnudos, en donde todo lo que entra se alarga y se achica, se hincha o se estrecha, para adaptarse y colocarse en su justo sitio como obra de goma. Mirad al obeso compadre Tixi cómo ha perdido su enorme

Ay, las pulgas. Ay, las pulgas.

Bienatendino comenzó a agitarse. Ay, ay, cómo caminaban de un lado a otro; cómo le hacían un surquito de estremecimientos sobre la piel granulada. Ay, ay.

Entonces Bienatendino ya estaba completamente agitado y echó sus mantas lejos. Se puso en pie.

Ay, aquí –rascándose con las manos hechas garras.

Ay, acá.

Ay, allá.

Bienatendino hacía flexiones. Bienatendino hacía gimnasia en la noche.

Ay, arriba.

Ay, abajo.

Ay, las corvas.

Ay, la espalda.

Ay, la pantorrilla.

Ay, la nuca.

¡Jesús! ¡Jesús! La existencia de las pulgas es denigrante para el hombre.

Ay, arriba.

Ay, abajo.

Ay, me mato.

¡A-y, e-l h-o-m-bre c-o-n p-u-l-g-a-s!

¿Qué horas es?

* * *

Mira la belleza del cadáver en manos del diseccionador inexperto. Dócil, flexible, la piel lisa pegada al hueso, en las posiciones más inverosímiles de su repertorio. Se puede hacer de él lo que en vida no pudo hacer de sí mismo. Torturando su quietud para arrancarle aquella pequeña fibra escondida. A la derecha, a la izquierda, tan pronto arriba el pecho como la espalda. ¡Nathanael! ¡Agripina!³ Si tus parientes pudieran meter las narices por la rendija, echarán sin vacilar una lagrimita. ¡Agripina! ¡Agripina!

Mira su belleza descuidada y donosa. Ten cuidado de «esos magníficos huesos de las caderas que tienen la forma de una bacinilla». Ahí está sin pasión, sin odio, como nunca logró estarlo. Sin vergüenza, sin respeto.

Déjalo en reposo por un momento, que tome la posición de su vida. No hagas caso de ello: ya no tiene nexo. Antes no podías hablarle sin temor porque te conturbaba, aquella lamparita de vida que se ha apagado. Hoy, sólo tú la tienes: eso es una cosa.

³ Nathanael es el nombre con que se designa al apóstol Bartolomé en el Evangelio de Juan; según la tradición fue desollado vivo. Agripina, fue asesinada por orden de su hijo, el emperador Nerón.

¡Agripina! ¡Agripina!

La van a dejar sin piel como a una cabra en el despostadero, y ella no tendrá vergüenza de quedar como una cabra despellejada porque la vergüenza la tuvimos en la piel. ¡Ya no tiene sexo!

Ya no tiene odio. Ya no ama. Ya deja que todo se estire sobre el hueso. Ya no le importan sus líneas angulosas y perfiladas.

Se le han teñido las orejas como después de la lujuria. La post-lujuria es una muerte pequeña. Así es ello como quedarse quieto, sin pensamiento y sin sentimiento.

Ahora está con los brazos atrás y el pecho alzado y las piernas rígidas. ¡Qué hermosa la línea del cuello combado! El cabello opaco se riega como una llama. En esa posición muerta está santificando la actitud espasmódica del mundo.

Ahora le han desgarrado el vientre. Ahí hubo un sitio para un hombre, para un nuevo sentimiento; este sitio de él se encuentra vacío para no ocuparse nunca.

Ahora levantan sus brazos y le arquean el cuerpo, cabeza y todo, para que el cabello opaco caiga hacía adelante.

¡Qué pobre guiñapo y qué hediondo!

Esa cosa no fue pariente de nadie. Viniera papá y papá se tataría las narices.

Te quiere, pero hiedes.

* * *

Estando muerto como estás deberías preguntar a tu familia, como un cierto Felipe de España⁴, por qué tardan tanto en amortajarte.

Cualquiera que lo desee puede asesinar impunemente a un hombre. Ved cómo:

Escoged cautelosamente a la víctima, que debe ser más o menos bien parecida. Rodeadla de atenciones y cuidados, de tal manera que le infundáis confianza. Decidle con frecuencia.

—Oh, qué difícil es encontraros.

—¿Por qué no venís por casa?

—No sé por qué sois tan huraño.

Luego procurad que os visite y presentadle a vuestra hermosa señora.

Querida mía: he aquí a mi mejor amigo. Quiero que seáis como hermanos el uno para el otro.

Y hacedlos que se tiendan las manos un momento. Entonces poneos en guardia, atisbándoos, acariciándoos, mirándoos con sigilo a través de las cerraduras. Y cuando vuestro tiempo haya llegado, abrid violentamente una puerta cualquiera, haced irrupción brusca en la cámara, gritad:

«Canallas, cobardes».

Y disparad vuestro revólver acto continuo hasta vaciar toda la carga.

En seguida despeinaos.

En seguida congestionaos.

⁴ Felipe II (1527-1598), cuya terrible agonía duró 53 días.

En seguida desorbitaos y desgarraos las vestiduras.

En seguida volad a la Comisaría de turno y alzando los brazos en la misma forma en que los sapos tienen las patas, confesad:

«Señor Comisario, acabo de matar a mi mujer y a un hombre».

30

ELEMENTOS DE LA ANGUSTIA

El señor Alcalde echó a trotar por la callecita empedrada, satisfecho, pequeñito, con las manos a la espalda y la barriguita redonda bajo la cadena de oro del reloj.

Y trotó y trotó hasta el fin de la callecita.

Y cuando hubo llegado dejó de trotar, se rascó una oreja, se levantó el sombrero hasta media testa y echó a mirar la callecita por donde había trotado.

«Je, je. ¡Con el campo a tres pasitos de la ciudad! Je, je».

El señor Alcalde se metió las manos en los bolsillos y ensayó una pequeña marcha con las piernas tiesas contoneándose satisfecho.

Entonces tomó asiento a orillas del río, sobre una piedra azul, y se puso a mirar cómo corría el agua hacia el mar.

Y ahí se estaba mirando, hasta que de improviso el corazón le golpeó el pecho con tanta impaciencia que el señor Alcalde se puso todo serio y demudado, y paró el aliento para escuchar...

* * *

La niña rubia se arrojó de bruces sobre el mueble rojo. La niña estaba vestida de amarillo.

¿Por qué soy tan desgraciada?, pensaba la niña.

Mas como tenía una pequeña amargura, tuvo que dejarse de pensamientos y doblando las piernas por las corvas se puso a agitarlas en el aire, y arrugaba con las manos los almohadones de raso, y ocultaba la cara en donde más podía, y estaba toda ella convulsionada.

Se le llenaba el pecho de un sentimiento indefinido y grande.

Ya iba a estallar, como una bomba llena de aire.

Ya estalla...

«¡Ay, qué desgraciada soy! ¡Qué desgraciada soy!»

Y otra vez va a llenarse, para estallar de nuevo...

«Je, je. Con el campo a tres pasitos de la ciudad».

* * *

Aquel muchacho no ha llorado. Sólo se le pusieron los ojos como de vidrio.

Después se le subió el corazón a la garganta y ahí permaneció se diría anudado. Fijo, persistente.

¡Lo que tiene que ver la garganta con la angustia!

* * *

Yo estaba en ausencia. Estaba ahí y no estaba. Esperaba algo y no esperaba nada. Una pasión crecía en mí y yo luchaba por cegarla. Soy mi enemigo.

* * *

Pero ¿qué pasa aquí?, ¿qué pasa?

Recuerda:

«Cielo arriba, cielo abajo, éter arriba, éter abajo. Todo eso arriba, todo eso abajo, tómalo y alégrate».

Nada.

Agosto,
Septiembre,
Octubre.

ROMÁNTICAS

Hoy he encontrado los hermosos labios de Ana junto a los míos. La tomo por la cintura, la estrecho

contra mí, la beso. Veo desmayar sus párpados y advierto su visión lánguida. Ana está sola conmigo y aquí, en lo mío.

¿Pero cómo ha sucedido esto? Ana, Ana...

¡Sí! Estaba con su amiga, la mujer esbelta, sólo ella y yo. Entonces vino sin anunciarse Ana.

—¿Se puede pasar?

Sí, se podía. Me puse en pie y ella, sorprendida, se quedó mirándome, con su cara de muchachita inocente.

Luego fue donde su amiga y, abrazándola, rompió a llorar.

¡Ana, primer instante de la mañana más amarilla!

Me acerqué a ella, puse su mano derecha en las mías y, azorado, sólo le decía: «Ana, Ana».

Pero al fin terminó de llorar y se puso a decir cosas, atropellándonos con una historia de accidentes, en la que había una madre desesperada y un caballo desbocado. Hoy sé que no he oído aquella historia.

Su amiga se había escapado sin que usted se diera cuenta.

Se me vino un pensamiento.

«Esta Ana es una buena muchacha».

Entonces ella me miró de improvisto, taladrándome.

—¿Cree usted que yo sé lo que piensa ahora?

—Sí. Usted no sabe lo que pienso.

—Yo lo sé todo. Yo lo sé todo. ¡Uds.!

Tengo miedo del campo; el límite, el límite es lo mío. Sólo aquí, dentro de estas cuatro paredes, somos tú Ana y yo Andrés; allá éramos unos gusanillos.

DIÁLOGO Y VENTANA

Qué es lo que veo, qué es lo que puedo ver desde esta ventanita?

Veo un muro gris, un serio muro gris en el que el sol viene a pegarse como una estampilla la mitad del año, como una araña achatada, como una pasta amarilla que a la tarde se envuelve apergaminada hacia arriba. Veo también una pequeña ventana y en ella una cabeza enmarañada, sin peinarse y sin cuerpo, desnivelada al filo de una batiente abierta, con la mirada puesta lejos como hacia adentro.

—¿Y qué es lo que tiene esta cabeza?

—Nada.

—¿Qué más veo, qué más puedo ver desde esta ventanita?

—Veo alguna vez un hombre recóndito, alguna vez un hombre alegre, alguna vez un hombre simplemente.

—¿Qué es lo que quieren estos tres hombres?

—Nada.

—¿Y qué más, y qué más veo?

—Atrás, el atardecer...

—¡Calla! ¿Y qué más, y qué más?

–Bueno...
–¿Y qué más, y qué más?
–¡Nada, pues, vaya!

OTRO DÍA

Alguien me pide el vaso de noche⁸.

Pegados los ojos, hipnotizado, extendiendo un brazo que no es mío y cojo las tinieblas.

Lo entrego.

Pasa un siglo.

¡Agua! Aquí en mi oreja; un torrente que se desborda, precipitando sus espumas cálidas. ¡Socorro!
¡Me ahogo!

...Ay, Ana, ¿por qué me pides el vaso de noche? Verdad es que tú eres mi mujer y yo soy tu hombre; pero mira...

No, no pases por encima de mí. No me toques. ¿Qué derecho tienes para tocarme? Mi piel es mía. Somos extraños el uno al otro y de repente estás tú aquí, atisbándome, violando mi intimidad, turbándome.

Tus ojos los tengo en todas partes. Sobre mis espaldas, sobre mis manos, sobre mis cabellos, en mi pensamiento. ¿Qué quieres aquí? Ya sabes todo lo mío; conoces mis calzoncillos, Ana.

⁸ La expresión vaso de noche adquiere en este episodio claras connotaciones sexuales

Pero no te alejes. Anda, acércate que me haces falta. ¿Por qué te enojas? Orgullosa, caprichosa, estúpida. ¡Acércate!

Voy a llorar, me has lastimado.

Sí, yo te amo, Ana. Yo te amo entrañablemente; pero no encuentro comodidad en este cubo; es muy estrecho de mi lado y muy ancho del otro, y también es demasiado ancho de mi lado y demasiado estrecho del otro, y está sucio, oscuro, podrido.

¡PO-DRII-DOO!

LA REBELIÓN DEL BOSQUE

Aquí estoy colgado en el bosque, en uno de estos hermosos bosques de la ciudad, cercados, amurallados y enrejados como las cárceles. Mano geométrica del hombre, que tantas cosas buenas hace, con líneas tan bonitas y tan bien medidas. Hemos dicho aquí: hágase el verde, y el verde ha sido hecho y hemos trazado una línea para el verde; entonces hemos puesto el dedo en medio de lo creado y levantándolo bruscamente hemos dejado allí un árbol barbudo, lleno de hongos y de parásitos blanquecinos como escaras lavadas. Y más acá hemos hecho otro garabato, y más allá hemos puesto otro garabato.

Hombre, amor, geometría, árbol, garabato.

Hace frío, aquí colgado.

Corta el aire, aquí colgado.

Aquí estoy a la sombra, enrejado dentro de la ciudad como mono de circo. Aquí la línea, más allá la línea; sólo pudiera poner el pie dentro de esta veredita.

—¡A tierra! ¡Tenderse!

Échate, ciudadano; échate de bruces, como has oído solían hacerlo los hombres de guerra bajo el vuelo de las granadas. Que nadie te vea ni te oiga, pues me ha parecido escuchar en este momento que comienzan a levantarse las voces del bosque.

Silencio.

Ya viene creciendo una voz desde el murmullo.

CORO DE LOS ALTOS PINOS: Ay —patalean los altos pinos—, aquí nos tenéis de pie año tras año, hambrientos, octogenarios e inútiles, destinados a morir en este pobre jardinillo, cuando bien pudiéramos servir con ventaja en el transporte de mercaderías y en mil industrias útiles al progreso del siglo. ¡Protestamos en nombre de la libertad!

LA GRAMA A LOS ESCARABAJOS: ¿Lo han oído? Esto es un jardinillo, no un barranco.

CORO DE CIPRESES RECORTADOS: Protestamos contra todas las mutilaciones y los prejuicios. El hombre nos echa encima su tristeza todos los días. Nosotros somos un palo alegre y nos gusta el fandango.

LAS MUCHACHAS A SUS NOVIOS: ¡Ay, el tango!

CORO DE LOS CEDROS LEPROSOS: Nosotros no somos monas pintadas de *garçonniere* ni fetiches

de degenerados. Nosotros hemos hecho el gran Templo de Salomón y otros templos. Este no es nuestro sitio: ¡rebelémonos!

LOS PINOS: Eso, eso; podemos servir para el transporte de velas.

CORO DE LAS MUSANSETAS ESTÉRILES: En vela estamos mucho tiempo ha en espera del hijo, ¿y contra quién hemos de rebelarnos?

LAS MUJERES A SUS AMANTES: ¡El hijo ha dicho! Levántense y vayan a buscarnos unas comadronas.

CORO DE LAS MAGNOLIAS MAMOIDES: ¿Eh? ¿Qué contra quién? Pues, contra el hombre. Nos tiene bajo su dominio y para su servicio. Se ha levantado con el estanco de nuestra libertad. ¡Rebelémonos!

CORO DE LOS CEREZOS RELAMIDOS: ¿Contra el hombre? Propongo la revolución a sangre y fuego. Que no haya perdón para uno solo. Todos son mojigatos y felones. ¡A sangre y fuego!

LOS CRIPRESES ENANOS: No tenemos armas, señores. Nos encontramos desgraciadamente desprevénidos.

LAS PALMERAS: Que callen, que callen los cobardes. ¡Viva la revolución a sangre y fuego! ¡Abajo el hombre!

EL BOSQUE: ¡Abajo!

LOS PINOS: Señores, un momento. Un momento, señores. ¿No es verdad que estáis desvirtuando

el verdadero sentido del movimiento? Esta no es, no debe ser una revolución contra el hombre (murmullos del bosque); ¡ésta es una revolución contra el árbol! (parálisis del bosque). ¿Qué sacaríamos, en efectos de destruir al hombre, si no por eso vamos a destruir nuestra condición de esclavos? Es preciso visar y re- visar los conceptos a fin de no caer en conclusiones equivocadas. ¿En dónde está la raíz del mal? ¿Por qué estamos aquí? Estamos aquí en calidad de árboles. Destruid esta calidad y habréis renovado vuestra condición de seres libres. Nuestro tirano es el árbol. Duro con él, compañeros. Yo sirvo para el transporte económico de mercancías. ¡Abajo el árbol!

CORO DE LOS PARÁSITOS: No es verdad eso, compañeros: os están engañando miserablemente. Es el hombre nuestro enemigo. No les prestéis oído. ¡No les prestéis oído! ¡Abajo el hombre!

LOS PINOS: No tienen derecho a hablar los camaradas parásitos. Su palabra es sospechosa. ¡Tomadlo bien en cuenta y aplastad a los sinvergüenzas!

LAS PALMERAS: ¡Eso! Estos caballeros hablaron la verdad. Su concepción es profunda y llena de seso. ¡Y lo vemos claro! Oídllo bien: el árbol es nuestro único enemigo. A quien debemos hacer la revolución a sangre y fuego, es al árbol. Lo demás, pamplinas. Acompañadnos, camaradas: ¡Abajo el árbol!

LOS PINOS, dueños de la situación: ¡abajo la tiranía! ¡Abajo el árbol!

EL BOSQUE: ¡Abajoo!